El desarrollo del arte románico en Guadalajara

Miguel Cortés Arrese

El desarrollo del arte románico por tierras de Castilla-La Mancha estuvo ligado a la conquista cristiana y al proceso repoblador que vino a continuación; repoblación que resultó difícil y lenta tanto por los frecuentes ataques musulmanes que generaban inestabilidad en los nuevos asentamientos, como por la debilidad del contingente demográfico empeñado en la tarea. A su vez, el estilo románico hubo de compartir este espacio geográfico con el mudéjar –dominante en Toledo– y las peculiaridades de la repoblación de La Mancha; por todo ello, la implantación del románico se circunscribió, sobre todo, al territorio que se extiende por las actuales provincias de Guadalajara y Cuenca.

El éxito del mudéjar toledano tuvo que ver con la fascinación que produjo en los cristianos la contemplación de la ciudad musulmana de Toledo así como el atractivo del sistema de trabajo de sus artistas. Tuvo gran éxito, tanto en la arquitectura religiosa como en la civil, en el palacio mudéjar: cerrado al exterior, de muros lisos de ladrillo y decoración en piedra limitada a la portada. Los palacios toledanos de Ayala, el llamado del rey Don Pedro o el de Fuensalida, ya en el siglo XV, lo testimonian muy bien. Arquitecturas de planta en torno a un patio, deslumbrante decoración y ricas techumbres de madera.[1]

El románico de la repoblación

La iniciativa real fue dominante en la acción repobladora: Atienza, y Zorita son ejemplos representativos de este esfuerzo. Junto al monarca, otros individuos o instituciones participaron en este cometido: el obispado de Sigüenza, la mitra toledana, las Órdenes Militares o los monjes cistercienses que se establecieron en Pinilla de Jadraque, Córcoles, Retiendas, Trillo y Buenafuente de Sistal. Y tanto en monasterios como en las ciudades, villas o aldeas, una vez que se fijaron los términos y se dio a conocer la nueva autoridad, se procedió a la organización eclesiástica para atender las necesidades de los nuevos pobladores. Se levantaron iglesias y parroquias acordes con las posibilidades de sus habitantes.

Claro que, las primeras aldeas que se desarrollaron fueron las que contaron con la protección de un castillo; fueron entonces agrupándose las casas en la ladera, al amparo de la fortaleza, y cuando la tranquilidad del vecindario se asentó, se levantó la iglesia románica, cercana al castillo, alguna con atrio porticado donde se reunía el concejo, acogía el mercado y se ofrecían otras alternativas comunitarias; y su espadaña, casi siempre a los pies del templo, mostraba la campana de bronce que llamaba a la oración y tocaba a rebato en caso de alarma.[2]

Esa imagen ofrece Atienza y su castillo, asentado sobre el enorme peñón de 130 metros de largo, por 30 de ancho y 12 de altura media, cortado a pico en su contorno por la acción erosiva de los vientos, menos en uno de sus extremos, y a cuya falda meridional del cerro se agarró el caserío hasta necesitar una doble línea de murallas.[3] Así lo percibió Galdós a mediados del siglo XIX, cuando la población atencina había quedado reducida a una quinta parte de la que

tuvo en sus tiempos más boyantes: "En la falda oriental de un cerro coronado por un gigantesco castillo en ruinas, el más insolente guerrero de piedra que cabe imaginar, está edificada la muy noble y leal villa realenga. Sus casas son feas y caducas, rodeadas de un misterio vivo; sus calles, irregulares, invitan al sonambulismo; en sus ruinas se aposenta el alma de los tiempos muertos. Dos órdenes de murallas la cercan, quiero decir que la cercaban, porque de la exterior sólo quedan algunos bastiones y los cubos".[4]

Y dada la prolongación en el tiempo de la actividad repobladora, el arte románico se extenderá más allá de los límites cronológicos del estilo, al tiempo que tendía a una simplificación en el proceso constructivo y decorativo hasta convertirse en un arte rural e independiente de sus fuentes.

La gran mayoría de estos templos van a ser construcciones sencillas, de una nave, con cubierta de madera, presbiterio con bóveda de medio cañón, arco triunfal que le separa de las naves y ábside con cuarto de esfera. La espadaña, cuando la hay, triangular, se ubica preferentemente a los pies del templo, mientras que la galería porticada sigue el ejemplo de los edificios de Segovia y Soria. Las tierras del Tajo debieron de suponer el límite de la extensión de estos pórticos al tiempo que avanzaba la reconquista de la provincia de Cuenca.[5]

Edificios sobrios, a tono con las posibilidades económicas de las distintas comarcas, que concentran la decoración en las portadas, que suelen carecer de tímpano –menos Cereceda–; portadas a veces de gran valor iconográfico –Beleña de Sorbe, Millana–. El resto de la decoración se remite a capiteles y canecillos. Recintos austeros que, en la mayoría de los casos, son el único templo del lugar, su edificio más representativo. Pocas veces es posible encontrar varias iglesias en la misma población: salvo en Atienza que llegó a contar con catorce; Brihuega con cinco; Sigüenza que, además de la catedral, levantó templos a Santiago y San Vicente. Serán precisamente estos edificios los que hagan uso de los mejores materiales –la piedra sillar– mientras los más modestos tendrán que acudir a la mampostería sencilla, a la falta de simetría entre diversas partes del templo, a la irregularidad y descompensación de espacios. También los núcleos más populosos incorporarán en su momento las novedades técnicas y de estilo que darán paso al gótico.[6]

Austeridad que, por lo demás, se refleja en los accesorios de culto. Así ocurre en las pilas bautismales: de piedra, algunas de notable tamaño pero sin especiales elementos figurativos que realcen sus formas. Menos la de Luzaga que adorna su copa con una cruz patada inscrita en un círculo asentado en una loma.[7] Sobresale también la de San Andrés del Rey, de piedra rojiza, con mediana copa jalonada de refinados gallones, rematada por una banda poblada con una serie regular de puntas de flecha. Ha sido vinculada con las de La Olmeda o Cifuentes; a veces, su adscripción cronológica no es sencilla pues, a falta de documentación, la tipología y elementos decorativos como los gallones se prolongan hasta el siglo XVI.[8] A este grupo pertenece también la pila procedente de Tobes y que ahora conserva el Museo Diocesano de Sigüenza: de 95 centímetros de diámetro por 57 de altura, hecha en piedra caliza, decorada su ancha copa con delgados gallones, con el recuerdo de las de Bustares, Almiruete y Miedes de Atienza, las dos primeras quizás del siglo XII y la última dentro ya de la tradición románica.[9] El mismo Museo ofrece algunos ejemplos de otros objetos que adornaron el interior de estas iglesias: el rey Mago, tallado en madera de pino, procedente de Pareja; la Virgen de la Sopeña, originaria de San Andrés del Congosto; Nuestra Señora de Mojares o el Cristo de la cruz procesional que estaba en Robredarcas.[10] Se sabe que en la iglesia del castillo de Zorita de los Canes había un crucifijo en el ábside y una imagen de madera de la Virgen de la Soterraña en la cripta, datados ambos como románicos del siglo XIII.

Una de las pilas mejor conservadas de toda la provincia es la de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de Canales del Ducado que también alberga el Museo Diocesano de Sigüenza. Una magnífica pila de piedra caliza donde no faltan las arquerías de medio punto sobre columnas de fuste liso pobladas por un águila, un grifo y un rostro barbado que quizás pudiera ser la imagen de San Pedro. Ha sido fechada en el siglo XIII.[11]

Las tierras de Atienza

Un grupo muy significativo de estas iglesias románicas se extienden por las cuencas del Sorbe y del Cañamares teniendo como referencia la sólida fortificación de Atienza: fortificación presidida por su centenario castillo, la *peña muy fuort*[12] del *Cantar de Mío Cid*: celtíberos y romanos, musulmanes y cristianos entraron y salieron por él en sus invasiones y continuas guerras.

No lejos de allí, en la sierra de Miedes –hoy, la sierra de Pela, en el límite de las provincias de Guadalajara y Soria–, se fue a posar el Cid cuando iba camino de su destierro. Llegó al caer la tarde, antes de ponerse el sol, por lo que tuvo tiempo de pasar revista a su mesnada, hacer balance de los fieles que le acompañaban en su caída: *treszientas lanzas, que todas tienen pendones*. Enfrentados, junto a su señor, a partir de ahora, a toda clase de amenazas y peligros, entregados a su propia suerte. Desde allí tuvo tiempo el héroe, nos recuerda Menéndez Pidal, de volver la mirada atrás y despedirse de la patria que iba a abandonar, decir adiós a aquel terreno rojizo que se alejaba hasta acabar en las ondulaciones que ocultaban el Duero.

Eran las tierras del románico soriano, que llama la atención por el irresistible atractivo de lo rural, lo sencillo, la integración de los edificios en el paisaje y, en muchas ocasiones, por un

Atienza. Vista del castillo desde la iglesia de San Bartolomé

atractivo sentido de la proporción. Viene determinado por su ubicación geográfica, a caballo entre Aragón y Castilla y levemente alejado de los caminos de peregrinación: responde, además, al empuje constructivo que caracteriza al brillante siglo XII; algo sin precedentes con anterioridad y que haría posible que Almazán contase con una docena de iglesias.

El románico soriano, como cabe suponer, acompañó al proceso repoblador que no da comienzo antes de fines del siglo XI. De hecho, el fuero de Andaluz es del año 1089 y habrá que esperar al cambio de siglo para que este movimiento se consolide. Así ocurrió en Ágreda o Almazán, importante plaza musulmana conquistada en 1128 por Alfonso I el Batallador; él será uno de los grandes impulsores de este movimiento: aragoneses, castellanos y mozárabes andalusíes van a ser los grupos humanos que, junto con los musulmanes asentados en tierra cristiana, conformen la población de la tierra soriana y quienes ayuden a perfilar el arte que aquí se desarrolla.[13] Una situación no muy distinta de la de Atienza, que pasó a manos del citado Alfonso I en los primeros años del siglo XII. A él se debe la reconstrucción del castillo y las murallas y el empuje que hizo posible el crecimiento de la población en torno a la iglesia parroquial dedicada a Santa María, que llevaría su recuerdo para siempre.

Su estructura se ajusta al promontorio, mientras destaca la puerta de acceso con sólidos torreones y la torre del homenaje, orientada al Sur: de dos cuerpos y terraza. De allí partían las murallas. Alfonso VIII hizo construir el segundo cinturón para proteger los edificios que extendían más allá del primer recinto urbano; también nuevas iglesias románicas que con el tiempo serían catorce, para una población que no dejaba de crecer. A ellas se añadía la Judería, que fue barrio independiente y contaba con puerta propia en la muralla, distintas casas fuertes y un magnífico monasterio de estilo gótico. Pero con el final de la reconquista, se inició la decadencia de la villa que el paso del tiempo no hizo sino acentuar.

El castillo sigue maltrecho, señoreando sobre el horizonte, y ha desaparecido la imagen sombría que la población proporcionó a Galdós[14]; ahora sus estrechas calles, rasantes y empedrados, acogen un renovado caserío del que descuellan los ábsides y torres de sus iglesias. Como la citada Santa María del Rey levantada a la sombra del castillo y consagrada en 1112, cabeza

Atienza. Santa María del Rey

Atienza. Detalle de la portada de Santa María del Val

del populoso barrio de su nombre, barrio que sería destruido por el sitiador Juan II. Más tarde, la plazuela del templo se convertiría en cementerio, y la iglesia, de la que son románicas la torre, el ábside y las puertas de ingreso, en su capilla. El variado cortejo que adorna su puerta meridional: Cristo Pantocrátor, los Apóstoles, los bienaventurados… acompaña desde entonces la triste despedida de los que allí se acomodan para siempre. Y la Trinidad, con bello ábside de influencia segoviana; San Gil; San Bartolomé, obra del siglo XIII, reformada en el siglo XVI, rodeada por una valla de piedra y ennoblecida por una espléndida galería porticada con arcos de medio punto y columnas dobles; galería que trae a la memoria la de Pinilla de Jadraque.[15]

Fuera ya de Atienza, en el camino de Soria, se puede admirar la ermita de Santa María del Val, adornada la arquivolta central de su portada con un grupo de diez contorsionistas ataviados y peinados a la manera de los mudéjares que vivían por estas tierras atencinas.[16] En la ruta de Atienza a Ayllón, en Albendiego, Villacadima… persevera la tradición mudéjar y el recuerdo de Caracena y Grado del Pico. En Campisábalos emerge en el centro del caso urbano un admirable conjunto románico del siglo XIII formado por la iglesia de San Bartolomé y la capilla de San Galindo, adosada ésta al muro sur, con las representaciones del calendario agrícola. El más conocido es el de Beleña de Sorbe. De hecho, la figuración de los meses de junio y julio es idéntica en ambos casos. En Beleña de Sorbe todavía se conserva la fachada meridional, la galería porticada, la puerta de entrada al templo: los sillares regulares y su magnífica escultura. Se extiende por los capiteles que, en su lado izquierdo, contienen el Pecado Original y la condena a los réprobos, y continúa en la arquivolta central con escenas de las faenas agrícolas de los doce meses del año: castigo impuesto a la humanidad tras la expulsión del Paraíso. Así es como los lugareños reconocían el círculo inmutable de las tareas a las que estaban encomendados hasta la muerte. Por eso, en los capiteles de la derecha, el Ángel se aparece a las Marías para anunciarles la Resurrección de Cristo.[17]

La presencia de los calendarios en las iglesias citadas revela la modernidad de unas propuestas artísticas que ofrece ejemplos ilustres en la pintura. Así ocurre en San Isidoro de León donde acompañan a las imágenes apocalípticas, en el interior del arco que separa las bóvedas

Campisábalos. Iglesia de San Bartolomé y capilla de San Galindo

orientales.[18] A partir de una atractiva imagen de Janus bifronte, se suceden los labriegos ocupados en las faenas agrícolas, descritas con realismo, de acuerdo con la mejor tradición del género. Y en la literatura también:

"Estaba don *Enero* a dos partes mirando
rodeado de encinas, cepas arreando
a unas gruesas gallinas las estaba asando
estaba en una percha longanizas colgando.

Estaba don *Febrero* sus manos calentando
ora brillaba el sol, ora estaba nevando
el verano e invierno los iba separando
porque era el más chico se iba querellando".[19]

El obispado de Sigüenza

"Al volver atrás la mirada por ver el trecho que llevamos andando, Sigüenza, la viejísima ciudad episcopal, aparece rampando por una ancha ladera, a poca distancia del talud que cierra por el lado frontero el valle. En lo más alto el castillo lleno de heridas, con sus paredones blancos y unas torrecillas cuadradas, cubiertas con un airoso casquete. En el centro del caserío, se incorpora la catedral, del siglo XII".[20] Esta visión de Sigüenza, la disfrutó José Ortega y Gasset en el verano de 1911 cuando, a lomos de una mula torda, de altas orejas inquietas, transitaba por tierras de Castilla. Era tiempo de agosto, bochornoso, y la mula, de lento andar, se afanaba entre chopos y olmos primero y laderas amarillentas más tarde; de vez en cuando, se

ofrecían a su vista insospechados pueblecitos: Romanillos, Barahona… náufragos del paisaje, siempre en ruinas. También alguno de más entidad: Medinaceli, Atienza… y Sigüenza, a la que evoca en "una alborada limpia sobre los tonos rosa y cárdeno del poblado", dominada por la catedral "toda oliveña y rosa a la hora del amanecer, parece sobre la tierra quebrada, tormentosa, un bajel secular que llega bajando hacia mí".[21]

Sigüenza estaba a la cabeza de una diócesis que abarcaba un amplio territorio que iba más allá del espacio ocupado por los obispos como señores temporales: la ciudad episcopal y sus aldeas. Tierras de Ariza, Medinaceli o Almazán por un lado y Cifuentes o Molina por otro hicieron posible el desarrollo artístico de Sigüenza, al amparo del castillo y la catedral, y el mecenazgo de sus obispos.

Había sido conquistada a los musulmanes en 1123 por D. Bernardo de Agen, clunicacense aquitano, pero su catedral no se inició hasta mediados de siglo proyectándose como una iglesia de tres naves divididas por pilares con medias columnas, amplio crucero marcado en planta y alzado, torres a los pies y en los brazos del transepto y cabecera de cinco ábsides, escalonados y paralelos. De esta primera etapa son los lienzos inferiores del ábside central, las primeras dependencias orientales del claustro y los ingresos del brazo meridional del crucero, pues las obras se hicieron lentamente, tanto, que permitió un cambio de plan cerca ya de 1200 y encaminó al edificio al estilo gótico.[22] Tránsito no exento de dificultades, pues junto a los preceptos de San Bernardo se pueden contemplar elementos de la tradición románica: arcos de medio punto en puertas y ventanas, como en la fachada de los pies, y muros de notable grosor.

La profesora Muñoz Párraga, tras un detallado estudio del edificio y de la intervención de los obispos en la financiación de las obras, ha establecido las distintas etapas constructivas de la catedral: desde su inicio en tiempos de la prelatura de Pedro de Leucata –1152-1156–, hasta el triunfo del gótico, cambio debido al lento ritmo de las obras, como ocurrió en Tarragona.[23]

Así, desgrana una primera fase que termina en 1170, cuando se diseña la iglesia de acuerdo con las ideas, modelos, trazas y soluciones constructivas venidas de las mismas tierras que los prelados, de Francia. De este período se conservan los lienzos inferiores del ábside central;

Catedral de Sigüenza

las primeras dependencias orientales del claustro, donde se localiza la puerta del Corralón; y los ingresos del Mercado y de la Torre del Santísimo, en el brazo meridional del crucero.[24] De este modo fue descrita la claustra por Peces Rata: "Es un gran patio que se adosa a la catedral por su parte norte. Eran las antiguas dependencias destinadas a servidumbres y menesteres de almacenaje, etc., de canónigos regulares [...] Muestra un muro antiguo y dos pequeñas ventanas de medio punto con elementos románicos poco estudiados hasta ahora. Entre estas dos estrechas ventanas un óculo ha conservado su losa de cierre de piedra calada con seis pequeños círculos alrededor de uno central. Una cornisa de arquillos ciegos se apoya en siete ménsulas que representan, alternando y rudamente, tres grotescas figuras humanas, dos florones y la cruz de Malta".[25]

La segunda fase constructiva atrajo nuevos talleres, uno de los cuales aporta la arquitectura protogótica languedociana; a esta época corresponde el primitivo claustro, de dimensiones semejantes al actual pero de factura más modesta: la cubierta sería de madera labrada y pintada, la sacristía, hoy capilla de los Zayas y la sala capitular: contigua a la anterior, donde se sustituyó la cubierta de medio cañón por una bóveda de ojivas con dos arcos cruzados, disponiéndose los sillares de la plementeria en espina de pez y ajustados al comienzo de los nervios. Las novedades decorativas las aportó un segundo taller en capiteles e impostas. A esta etapa pertenece también la continuación de las obras del transepto, los tramos más orientales de las naves norte y sur y los muros correspondientes a estos tramos.[26]

Durante los últimos años del siglo XII y primer cuarto del siglo XIII, intervienen otros equipos que completarán el perímetro de los muros; ahora se termina la nave de la epístola, las fachadas norte y sur, los lienzos de la de poniente y los dos primeros cuerpos de las torres: teniendo muy en cuenta el proyecto original y los estilos primitivos. Así se explica el conservadurismo de las puertas de las partes bajas de la fachada occidental. Su semejanza con las portadas de las iglesias seguntinas de Santiago y San Vicente es manifiesta.[27]

Pero los investigadores se han ocupado de otros aspectos de la catedral; como su actividad litúrgica a través del análisis de los Estatutos o el "Registro del Diario y Directorio del *choro*"... que aportan datos fundamentales para comprender el uso del templo y sus espacios inmediatos.[28] O el emplazamiento del edificio primitivo: Santa María de la Antigua o Santa María de los Huertos, asentada a orillas del Henares, en la parte más baja y poblada de la ciudad reconquistada y en compañía del Cabildo, formado por canónigos regulares de San Agustín en 1144.[29]

La catedral se levantó en la ladera, en terrenos sin habitar, a medio camino entre la puebla baja, junto al río, y el castillo que dominaba la colina, en tiempos del segundo de los obispos, don Pedro de Leucata. Él ordenó llevar a cabo la explanación del terreno y eligió un trazado en la línea de los que había contemplado en Francia, su país de origen.[30] Las obras comenzaron por la cabecera, elevando los cinco ábsides, y sus capillas acogieron a San Juan Bautista, San Agustín, San Pedro y San Pablo y Santo Tomás de Canterbury: el central estaba dedicado a Santa María, como el templo entero.

Y para atender la creciente población que se fue apiñando junto al castillo hubo necesidad de construir dos iglesias: Santiago y San Vicente. Ambas tienen una nave, su portada evoca las mencionadas de la catedral, la sillería está bien trabajada y su cabecera nos encamina hacia el gótico. Sobresale en un caserío de empinadas calles y tortuosas travesías, de ambiente severo y grave sello de antigüedad. José María Quadrado advirtió que las dos parroquias conservaban: "Su monumental carácter en armonía con el de la antigua ciudad: paredones denegridos, torres bajas y gruesas, portadas de arcos semicirculares en degradación, esculpidos con estrellas, tableros y entrelazos, sostenidos ya por seis ya por tres columnas á cada lado con capiteles de tosco follaje; en el testero de la de San Vicente una estatua gótica de la Virgen bajo afiligranado doselete, en el de la portada de Santiago un busto del apóstol de escultura más adelantada".[31]

La influencia de los obispos de Sigüenza se aprecia en la iglesia parroquial de Pelegrina, aldea donde pasaban temporadas de descanso; Pozancos, a seis kilómetros de la sede episcopal, cuya portada remite de nuevo a las de la catedral: por su tipología, factura y cronología.[32] Carabias y Jodra del Pinar, estas últimas, además, con galería porticada de traza sencilla y escueta decoración. Más compleja es la de Pinilla de Jadraque[33], camino del sur de la provincia; y de notable perfección la de Saúca, de la primera mitad del siglo XIII.

Su magnífico pórtico envuelve a la nave a mediodía y poniente; de ahí su encanto pues el interior se perdió con las restauraciones modernas. Se trata de un pórtico elegante donde se pueden rastrear las enseñanzas cistercienses y observar la presencia de temas tan sugestivos como el episodio de Balaam: tomado como ejemplo de la ayuda divina en el Antiguo Testamento. La pila bautismal también remite a los tiempos fundacionales de la iglesia.[34] De etapa más avanzada es el Salvador de Cifuentes, edificio que camina hacia el gótico pero mantiene la portada románica de Santiago, muy abocinada, con ocho arquivoltas; la interna acoge la representación de los apóstoles y la externa un tema de fuerte tradición románica: el combate entre la Fe y la Idolatría, socorrida ésta por los vicios y aquélla por las virtudes, por los venerables cristianos vencedores del pecado. Entre éstos el obispo de Sigüenza, don Andrés –1261-1268–, cuya presencia permite fechar la puerta en la época de su prelatura. Un buen ejemplo de la pervivencia de elementos románicos, avanzado ya el siglo XIII.[35]

Iglesia parroquial de Carabias

El señorío de Molina

El señorío de Molina, que reunía buena parte de los pueblos de la zona oriental de la provincia y otros de las colindantes, nació al amparo de la repoblación de sus territorios, yermos y abandonados tras la conquista cristiana de 1129. Su famoso fuero de 1154, otorgado por don Manrique de Lara, fue muy favorable para la libertad de los nuevos pobladores, por lo que tuvo excelente acogida: propició la afluencia de gentes de distintos lugares y un notable incremento de riqueza que impulsó la capitalidad de Molina. A Alvarito, el joven protagonista de *La nave de los locos,* de Baroja, le produjo la siguiente impresión: "Molina de Aragón es un pueblo con cierto empaque aristocrático, con casas hermosas, calles bastante anchas y una gran fortaleza que volaron los franceses en la guerra de la Independencia, dejando de ella solamente varios torreones, altos y dramáticos".[36]

El castillo se levantó sobre una loma en la margen derecha del río Gallo, ya desde los tiempos del famoso Abengadón; y aunque los cristianos lo reconstruyeron casi desde sus cimientos e incorporaron una pequeña capilla románica, mantuvieron la traza defensiva. Por eso, se puede rastrear la fortaleza con su atalaya, el albacar para proteger a la población y ganado del entorno en caso de asedio y, más abajo, la villa amurallada que fue ganando terreno hasta alcanzar la otra orilla del río Gallo por medio del *Puente Viejo*: de tres ojos y tajamares triangulares.[37]

Molina hubo de tener abundantes ejemplos románicos de los que nos han quedado escasos restos. San Martín conserva de su primera etapa, además del oculto ábside, una ventana aspillerada y la portada adornada por un crismón, bajo otra barroca.[38] Es admirable la iglesia de Santa Clara, antigua parroquial de Molina, que no llegaría a concluirse. De una nave, mantiene la presencia románica de la silueta del ábside y la puerta de ingreso, emparentada con la catedral de Sigüenza, mientras que los soportes, cubiertas y austera decoración hacen pensar en la influencia cisterciense, quizás de Bonaval. Sus ecos se han querido ver también en Rueda

Molina de Aragón. Santa Clara

de la Sierra y la portada norte del monasterio de la Buenafuente de Sistal, fundado en 1176 y con obra en el templo del segundo tercio del siglo XIII.

Los Canónigos Regulares de San Agustín se documentan en Buenafuente en 1176, pero sería doña Berenguela, en 1242, quien impuso la presencia de religiosas cistercienses. La iglesia, de pequeñas dimensiones y de los tiempos de la fundación, tiene una nave, bóveda de cañón apuntada y ménsulas de estilo cisterciense; el claustro anejo es del siglo XV y el resto de las dependencias de época posterior. Pero guardan un Crucificado y una Virgen y el Niño del siglo XIII y la fuente que da nombre al monasterio.[39] José Luis Sampedro llevó al protagonista de *El río que nos lleva* a visitar el monasterio, tras cruzar el Tajo sobre los troncos y subir la cuesta que conducía al recinto: "El camino era áspero, pero no muy largo. Cuando llegó a lo alto del cerro divisó en la hondonada el pueblecito. En efecto, apenas unas casas, agrupadas junto a un enorme edificio, cuyas altas tapias cercaban una huerta, donde se movían dos o tres figuras blancas. Shannon se metió entre las casas y llegó ante la fachada, apenas sin adornos y con unos arcos de incipiente gótico".[40]

Otros ejemplos del quehacer cisterciense jalonan la provincia de Guadalajara. Es el caso de Pinilla, población que fue conocida como "de las Monjas" por un convento de religiosas, hoy abandonado, que se localiza a unos cinco kilómetros de la localidad, en la margen derecha del río Cañamares, antes de que vierta sus aguas en el Henares, en un paraje muy bello. El monasterio fue puesto bajo la advocación del Salvador y su origen se remonta al siglo XIII; fue en 1218 cuando Rodrigo Fernández de Atienza donó unas propiedades para que el obispo de Sigüenza fundase el convento de monjas cistercienses: más tarde pasaría a depender de la Orden de Calatrava.[41] Quedan todavía restos de su iglesia –el ábside semicircular de mampostería y el arco triunfal sobre pilares con capiteles de hojas– así como el acceso a la sala capitular y algunos canecillos con propuestas que se han vinculado a Santa Coloma de Albendiego.[42]

Monasterio de Buenafuente del Sistal

Retiendas se asienta en un pequeño valle del Alto Jarama, al sur del pantano de El Vado. No lejos, un discreto camino que arranca a las afueras de la población, acompañado de robles y encinas, solitario y bello, conduce hasta donde se levantan las ruinas del monasterio de Bonaval, abandonado a su destrucción imparable. Fue fundado por el rey Alfonso VIII de Castilla, en 1164, para que allí se instalasen monjes cistercienses: con el fin de repoblar su entorno y servir de barrera a los posibles ataques de los musulmanes, para que administrasen sus posesiones y, llegado el tiempo, sirviesen de ejemplo a las gentes de la serranía de Tamajón.[43]

Del antiguo monasterio nos quedan los restos de su iglesia, de tres naves y pequeñas dimensiones y, en concreto, la cabecera, parte de una nave lateral y la fachada meridional: la actual puerta de entrada, abocinada, flanqueada por cuatro pares de columnas, con arquivoltas apuntadas y remate exterior de puntas de diamante; construida, como el resto del conjunto, con luminosa piedra caliza. Y adosada a la capilla del Evangelio, se encuentra la sacristía, quizás la más antigua de las edificaciones del convento. La iglesia ha sido considerada como una réplica del monasterio cisterciense de Piedra[44] y un compendio de las soluciones utilizadas en todas las fundaciones cistercienses de la península.[45] Llama la atención, en todo caso, su falta de influencia en la arquitectura popular de la zona.[46] El paso del tiempo traería consigo el empobrecimiento de cenobio y en 1821 fue deshabitado siendo trasladados los monjes a Toledo. Desde entonces sus ruinas luchan por evitar que zarzas y arbustos se asomen triunfantes por ventanas y cubiertas.

Retiendas. Monasterio de Bonaval

El quehacer de cistercienses y calatravos en La Alcarria

Alfonso VIII quiso afianzar su estrategia repobladora en tierras de La Alcarria con la fundación de los monasterios de Monsalud y Óvila, en tierras del Tajo, ante la cercanía de los musulmanes de Cuenca. Ayudarían a conformar una población estable, mejorar la producción de la tierra y generar unas formas de vida acordes con las circunstancias de la Reconquista.[47] El monasterio cisterciense de Monsalud se asentó junto a un arroyo que desemboca en el Guadiela, hacia 1140, en el lugar que ocupaba ya una ermita muy venerada: del que dependería la aldea de Córcoles y otros lugares cercanos según documento de 1167. Poco después se iniciaron las obras del cenobio siguiendo las respuestas ofrecidas por la casa madre francesa de Scala Dei.[48]

Se conserva en mejor estado la iglesia: con tres naves y tres ábsides semicirculares, cubierto el crucero con bóvedas de cañón apuntado y crucería el resto; se conserva, también, la sacristía, reformada en el siglo XVIII, la bella sala capitular, austera y refinada… sus enseñanzas acompañarían al arte de la repoblación en la provincia de Cuenca; la parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, de Albalate de las Nogueras, es buen ejemplo de ello.[49] Aguas arriba del Tajo, cuando Quadrado llegó a Trillo desde Cifuentes, no dejó de acudir al monasterio de Óvila, fundado en 1181 y ya en ruinas: "La soledad es allí completa en medio de vetustas y corpulentas nogueras, que hacen el paisaje aún más sombrío. Los arcos descarnados, ojivales, anchos y de escasa altura, semejando las costillas descarnadas de un esqueleto, indican la primitiva y pobre construcción de aquellos ascéticos agricultores [...] Cuando la opulencia y las riquezas del siglo XVI trajeron las comodidades, la pobre capilla de la Virgen de Óvila se convirtió en iglesia gótica del gusto decadente de fines del siglo XV, hízose el patio un claustro alto y bajo, construyóse palacio al P. Abad, y a fines de aquel siglo concluyó la fachada de la iglesia".[50]

Después vendría la Desamortización de Mendizábal; entonces pasaron algunas de sus obras artísticas a las iglesias parroquiales de los alrededores, a Ruguilla, Huetos, Sotoca y Carrascosa. Otras fueron robadas y malvendidas;[51] hasta llegar a la compra del convento por un magnate norteamericano en 1931.[52] Hoy quedan algunos vestigios de la iglesia, la bodega del siglo XIII y poco más de dos alas del claustro.

Más tradicionales resultan los edificios de la ermita de Santa Catalina de Hinojosa o la portada de Labros en tierras del señorío de Molina. En sus capiteles, como en aquélla, se evoca la tradición soriana y silense por la presencia de temas como las sirenas pájaro, aunque el mal estado de conservación y la talla burda, las alejan del modelo original. Las sirenas pájaro, afrontadas, con voluminosos cuerpos de ave, colas de dragón, patas de cabra y rostros femeninos aparecen de nuevo en Poveda de la Sierra y en Millana, en territorio de la mitra toledana. En este último caso, acompañadas de basiliscos, centauros, grifos… propuestas iconográficas de sabor silense. Como el tema del hombre maltratado por los demonios, que lo podemos contemplar también en Beleña de Sorbe. No sólo hay coincidencia entre Millana y Beleña de Sorbe en cuanto a los temas, también por lo que respecta al estilo, a los detalles. Aquí realizados por escultores de menor entidad, en ambos casos con el mismo tipo de influencias. A las citadas puede añadirse la parroquial de Cereceda, no tanto por la pureza del estilo como por contar con tímpano decorado en su portada, quizás la alegoría del Bautismo; o Nuestra Señora de la Varga de Uceda, de tres naves y tres ábsides, sillares bien tallados y sólida construcción, que nos pone de manifiesto la potencialidad económica de D. Rodrigo Ximénez de Rada que cambió esta población a Fernando III por otros lugares de Toledo. Es obra pues del siglo XIII como lo ponen de manifiesto los restos conservados. Hoy acoge el cementerio de la población cuya puerta de entrada es la antigua parroquia: apuntada, austeramente decorada, reflejando las enseñanzas de San Bernardo.[53] Lo mismo ocurre en Córcoles, en tierras de La Alcarria dependientes de la Orden de Calatrava o en la iglesia del castillo de Zorita de los Canes: de una nave,

Córcoles. Monasterio de Monsalud

Hinojosa. Santa Catalina

Castillo de Zorita de los Canes

con cabecera semicircular y pequeña cripta. El castillo fue donado en 1174 por Alfonso VIII a la Orden así como sus términos: Almoguera, Almonacid, Hueva[54]…

Asentado Zorita al sur de La Alcarria, se localizaba en el lugar ideal para apoyar al monarca en su ofensiva contra Cuenca, en poder musulmán. De hecho, controlaba un espacio que comunicaba el Alto Tajo, la cuenca del Guadiela y el norte de la actual provincia de Cuenca con dicho valle y, en consecuencia, con Toledo y el centro de la Península. La existencia del puente sobre el Tajo jugaba un papel fundamental en este propósito.[55]

La construcción de la iglesia formaría parte de las obras de los calatravos para reforzar y mejorar las defensas y estancias del antiguo conjunto musulmán que dominaba el cerro, rodeado por el Tajo en su vertiente oeste y por el arroyo Baduyo en sus caras norte y este. La iglesia era de pequeñas dimensiones, con nave cubierta de medio cañón, mientras que el presbiterio tiene crucería y el ábside cuarto de esfera. Hay que bajar seis peldaños hasta llegar a la cripta, excavada en la roca, dedicada a Nuestra Señora de la Soterraña.

La cripta fue utilizada como velatorio y los lucillos del lado exterior de la epístola dieron sepultura a los caballeros de la Orden; y, a su lado, el Corral de los Condes hubo de servir de cementerio de comendadores, en opinión de Layna, pues condes no hubo nunca en Zorita.[56] La idea de austeridad dominaba todo el conjunto, como en la capilla del castillo de Brihuega, con la que ha sido puesta en contacto.[57]

La capilla de Brihuega aloja su cabecera en un torreón semicilíndrico y se fecha en el segundo cuarto del siglo XIII. Trae a la memoria obras contemporáneas de Córcoles y otros edificios de los valles del Tajuña y el Tajo, que conservan las formas románicas pero, al tiempo, empiezan a fundirse suavemente con las incipientes del goticismo. Es el caso de Hontoba, La Puerta, Cereceda, Millana o Alcocer.[58]

El mudéjar en Guadalajara

Son abundantes los restos mudéjares de Guadalajara capital pero no anteriores a la segunda mitad del siglo XIII, cuando había pasado a manos cristianas casi doscientos años antes, por lo que cabe pensar que aquéllos suplantaron a otros más modestos o a las mezquitas transformadas para el nuevo culto.[59] De hecho, Santa María de la Fuente fue, probablemente, uno de los edificios que se levantaron sobre el solar de una antigua mezquita, edificio de tres naves separadas por pilares, muros de tapial y techumbre de par y nudillo, pero se fecha en los primeros años del siglo XIV; también las portadas, de influencia islámica, y que tendrían modesta réplica en Aldeanueva y en la iglesia de San Mateo de Pozo de Guadalajara. El ábside de esta última, semicircular, de mampostería y ladrillo, produce en su interior un bello efecto de policromía. Además del ábside, la puerta de acceso al templo logró salvarse de las reformas del siglo XVI.

Aldeanueva perteneció al Común de Villa de Guadalajara y se localiza sobre un altozano desde el que se domina el valle del Matayeguas. Su iglesia parroquial, dedicada a Nuestra Señora de la Asunción, se ubicó en el extremo norte de la villa; su entrada principal abre al mediodía y se ajusta a los presupuestos del románico rural en el uso de sillares y arquivoltas, y al mudéjar en la utilización del resalte de ladrillo a manera de alfiz. Su interior se cubre con techumbre de madera en la nave y bóvedas de cañón y horno en el ábside; es admirable por la austeridad de líneas, la alternancia de materiales y colores y la calidad de su ejecución.[60]

Nuestra Señora de la Asunción de Cubillo de Uceda participa de las influencias del mudéjar toledano y de la arquitectura de ladrillo que, desde León, había de extenderse por Valladolid, Ávila y norte de Madrid: así lo refleja la obra del presbiterio y el cuerpo superior del ábside, liso y con recuadros moldurados. Por debajo se ubican tres registros más de arquillos dobles que descansan en su grueso basamento de piedra. Los arcos de herradura del interior y, fundamentalmente, la ventana de la zona inferior de la torre –lobulada y encuadrada por un rectán-

Cubillo de Uceda. Nuestra Señora de la Asunción

gulo rehundido– nos lleva a la iglesia de Santa Leocadia, en Toledo capital. De hecho, Cubillo, cuyo nombre tiene que ver con la existencia de una antigua atalaya levantada para defender las tierras de la campiña del Henares, dependía de los arzobispos toledanos.[61]

No resulta difícil rastrear la presencia de elementos mudéjares en otros puntos de la provincia. El románico de la comarca de Atienza conoció el trabajo de artífices musulmanes: Villacadima, Campisábalos o Santa Coloma de Albendiego así lo testimonian. La documentación habla igualmente de morerías en Hita o Brihuega.

En esta última población, en la capilla del castillo, puede contemplarse, desde el siglo XIII, un zócalo de un metro de altura con decoración de temas geométricos pintados de rojo y derivados de los que podían admirarse en los palacios y mezquitas musulmanas de Córdoba y Toledo; rematan en cenefas ocupadas por estrellas de seis puntas y cartelas de eco almohade. Lacería islámica que se pintó sobre un trazado previo de líneas hendidas y a las que acompañaban figuras de peces, cigüeña con pez en el pico… decoración que se extendía al salón adjunto y que emparenta con las pinturas de San Román de Toledo y la ampliación del Cristo de la Luz.

Y ello por ser los arzobispos toledanos los señores del castillo y pasar allí temporadas de descanso. Castillo que tiene en la memoria la antigua alcazaba musulmana y se apoya en un promontorio rocoso que domina el valle del Tajuña: con varias terrazas, torres, palacio, patio de armas, salón y capilla; esta última, con ábside poligonal de dos cuerpos, el inferior cubierto con bóveda sexpartita en el tramo inferior y de crucería a los pies.[62]

No ha de olvidarse, en cualquier caso, la decoración mudéjar del palacio Episcopal de Cuenca, del siglo XIII y en la línea del estilo que prevaleció en las mansiones de monarcas y príncipes de la Iglesia castellanos.[63] Pero el dominio del arte cristiano de la repoblación en Cuenca sería abrumador. Los testimonios conservados al otro lado del Tajo lo reflejan muy bien.

NOTAS

[1] M. CORTÉS ARRESE, "Arte románico, mudéjar y judío", *Enciclopedia de Castilla La Mancha. VII,* Madrid, 1999, p. 44.

[2] F. LAYNA SERRANO, *La arquitectura románica en la provincia de Guadalajara,* Guadalajara, 2001, p. 30.

[3] F. LAYNA SERRANO, *Castillos de Guadalajara,* Guadalajara, 1994, pp. 57-58.

[4] B. PÉREZ GALDÓS, "Narváez", *Episodios Nacionales. IV,* Madrid, 1990, pp. 117-118; J. SERRANO BELINCHÓN, *Guadalajara en la literatura,* Guadalajara, 1996, pp. 81-89 y J. ESTEBAN, *Guadalajara en la obra de Pérez Galdós,* Madrid, 1985, pp. 30 y ss. Esteban llama la atención sobre la agudeza de Galdós en la descripción del camino carretero que llevaba a Atienza, su urbanismo medieval, el paisaje del entorno o los restos de su insigne castillo. Sobre los cuerpos adosados en las iglesias conquenses, T. NIETO, E. ALEGRE y M. A. EMBID, *El románico en Cuenca,* Cuenca, 1994, p. 78.

[5] F. LAYNA SERRANO, *La arquitectura románica en la provincia de Guadalajara,* Guadalajara, 2001, p. 37; T. NIETO, E. ALEGRE y M. A. EMBID, *El románico en Guadalajara,* 1991, pp. 36-43; T. NIETO y E. ALEGRE, *El románico en Guadalajara,* León, 2000.

[6] F. LAYNA, *op. cit.*, pp. 37-38.

[7] I. RUIZ, I. FRONTÓN y F. J. PÉREZ, *La herencia del románico en Guadalajara,* Toledo, 1992, p. 401.

[8] J. M. DE AZCÁRATE, *Inventario artístico de Guadalajara y su provincia. II,* Madrid, 1983, p. 145.

[9] A. DE FEDERICO FERNÁNDEZ, *Guía breve del Museo Diocesano de Arte Antiguo,* Sigüenza, 1971, p. 11.

[10] J. M. DE AZCÁRATE, *op. cit.*, pp. 171-172 y 183; A. DE FEDERICO, *op. cit.*, p. 1; F. G. PECES Y RATA, *op. cit.*, pp. 21-22; A. HERRERA, *Sigüenza, una ciudad medieval*, Guadalajara, 1991, pp. 93-94 y N. ESTEBAN, "Cruces procesionales del Museo Diocesano de Sigüenza: siglos XIII al XVI", *Actas XI Encuentro Historiadores del Valle del Henares*, Guadalajara, 2008, pp. 537-551.

[11] F. G. PECES Y RATA, *Guía histórica y catálogo del Museo Diocesano de Sigüenza,* Guadalajara, 1982, pp. 19-20 y A. HERRERA, J. J. ASENJO y F. PECES RATA, *Catedral y Museo Diocesano de Sigüenza,* Bruselas, 1992, pp. 85-105.

[12] *Poema de Mio Cid,* R. Menéndez Pidal ed., Madrid, 1971, pp. 248 y 128. Sobre el destierro del Cid, R. MENÉNDEZ PIDAL, *El Cid Campeador,* Madrid, 1968, pp. 61-70 y R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid,* Madrid, 1929, pp. 285 y ss.

[13] M. CORTÉS ARRESE, "El románico en la diócesis de Osma", *Arte e historia de la diócesis de Osma,* Salamanca, 1998, pp. 43 y ss. y "Acerca de la escultura románica de la Extremadura soriana", *XX siglos*, 33 (1997), pp. 15-22. Para un visión de conjunto, J. A. GAYA NUÑO, *El románico en la provincia de Soria,* Madrid, 1946; M. E. SAINZ, *El románico soriano. Estudio simbólico de sus monumentos,* Madrid, 1984 y *Enciclopedia del Románico en Castilla y León. Soria,* M. A. GARCÍA GUINEA y J. Mª. PÉREZ, *PERIDIS,* dir., J. M. RODRÍGUEZ MONTAÑÉS coord., 3 v. Aguilar de Campoo, 2002.

[14] Sobre el trazado urbano de la villa y su adecuación a la topografía del cerro, las iglesias y las puertas antiguas y nuevas, o el emplazamiento de la Judería, M. LARUMBE y C. ROMÁN, *Arquitectura y urbanismo en la provincia de Guadalajara,* Toledo, 2005, pp. 65-66. Una visión de conjunto en F. LAYNA, *Atienza,* Guadalajara, 1976, escrito tras la declaración de la villa de Atienza como Monumento Histórico-Artístico Nacional.

[15] Y las que de la mano de San Miguel de San Esteban de Gormaz se extendieron por las tierras del Duero soriano. Sobre la función de estas galerías, frecuentes también en Segovia, Burgos o La Rioja, I. BANGO, "Atrio y pórtico en el románico español: concepto y finalidad cívico-litúrgica", en *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología,* XL-XLI (1975), pp. 175-188.

[16] A. HERRERA, *El Románico de Guadalajara,* Guadalajara, 1994, pp. 46-50.

[17] I. RUIZ MONTEJO, "El calendario de Beleña de Sorbe", *Anales de Historia del Arte,* 4 (1993), pp. 491-504; A. HERRERA, "El calendario románico de Beleña de Sorbe", *Traza y Baza,* 5 (1974), pp. 31-40; I. BANGO, "San Pelayo de Perezancas. Las imágenes de un calendario románico organizadas según la vieja liturgia hispana, y su contexto en el conjunto del programa iconográfico", *Anales de Historia del Arte,* 4 (1993), pp. 545-558 y J. L. MINGOTE, "La representación de los meses del año en la capilla de San Galindo. Campisábalos (Guadalajara)", *Wad-al-Hayara,* 12 (1985), pp. 111-122.

[18] M. CORTÉS ARRESE, "Las pinturas del Panteón. Pinceladas bizantinas", *Real Colegiata de San Isidoro. Relicario de la monarquía leonesa,* C. ROBLES y F. LLAMAZARES, coords., León, 2007, p. 162.

[19] *Libro de Alejandro,* E. CATENA ed., Madrid, 1985, p. 334. Para una visión de conjunto, M. A. CASTIÑEIRAS, *El calendario medieval hispano. Textos e imágenes (siglos XI-XIV),* Salamanca, 1996.

[20] J. ORTEGA Y GASSET, "Tierras de Castilla", *Obras Completas. II,* Madrid, 1961, p. 45.

[21] *Ibid*. p. 46, y J. MONTERO, "Guadalajara como clave geográfica de la literatura (algunos aspectos)", *Actas del II Congreso Internacional de Caminería Hispánica. III,* Guadalajara, 1996, pp. 13-28 y E. MARTÍNEZ DE PISÓN, "Ortega y Gasset y la Geografía", *Eria,* 43 (1997), pp. 185-187.

[22] Mª C. MUÑOZ PÁRRAGA, *La catedral de Sigüenza (Las fábricas románica y gótica),* Guadalajara, 1987, pp. 89-120 y 159-177.

[23] J. YARZA, *La Edad Media (Historia del Arte Hispánico. II),* Madrid, 1980, p. 217.

[24] I. RUIZ, I. FRONTÓN y F. J. PÉREZ, *op. cit.*, p. 119.

[25] F. G. PECES RATA, *La Fortis seguntina,* Barcelona, 1977, p. 11.
[26] Mª C. MUÑOZ PÁRRAGA, "Catedral", *Castilla-La Mancha. Toledo, Guadalajara y Madrid. (La España Gótica, 13)*, Madrid, 1997, pp. 183-194.
[27] *Ibid*., p. 194.
[28] P. NAVASCUÉS, "La catedral de Sigüenza. Una visión personal", *La catedral de Sigüenza. La puesta en práctica de un Plan Director,* Barcelona, 2006, pp. 26-28.
[29] M. PÉREZ-VILLAMIL, *La catedral de Sigüenza,* Madrid, 1899, p. 52.
[30] A. HERRERA, J. J. ASENJO y F. PECES RATA, *op. cit.*, p. 13.
[31] J. Mª QUADRADO y V. DE LA FUENTE, "Castilla La Nueva II. España. Sus Monumentos y Artes", *Naturaleza e Historia,* Barcelona, 1978, pp. 174-175.
[32] R. LÓPEZ TORRIJOS, "La iglesia parroquial de Pozancos. Contribución al estudio del románico y gótico en la provincia de Guadalajara", *Wad-al-Hayara,* 6 (1979), p. 233.
[33] J. R. LÓPEZ DE LOS MOZOS, "Mitología en la iglesia románica de Pinilla de Jadraque", *Wad-al-Hayara,* 2 (1975), pp. 39-49.
[34] M. CORTÉS ARRESE, *Por tierras de Guadalajara,* León, 1998, pp. 87-88; I. RUIZ, I. FRONTÓN y F. J. PÉREZ, *op. cit.*, p. 281 y T. NIETO, E. ALEGRE y M. A. EMBID, *El románico en Guadalajara,* Madrid, 1991, pp. 406-407. Una mención a otros pórticos románicos de la provincia en A. HERRERA, "Galerías porticadas románicas en Guadalajara (algunos hallazgos recientes)", *Wad-al-Hayara,*15 (1988), pp. 413-418.
[35] A. HERRERA, "Una propuesta teológica en el románico castellano. La portada de Santiago en Cifuentes (Guadalajara), *Wad-al-Hayara,* 10 (1983), pp. 165-178.
[36] J. ESTEBAN, *Guadalajara y Baroja,* Madrid, 1992, p. 53.
[37] M. CORTÉS ARRESE, *Por tierras de Guadalajara, op. cit.*, pp. 90-95.
[38] Sobre el románico del señorío de Molina, A. HERRERA, *Molina de Aragón. Veinte siglos de historia,* Guadalajara, 2000, pp. 163-173.
[39] I. RUIZ, I. FRONTÓN y F. J. PÉREZ, *op. cit.*, pp. 52-60 y E. Casas, "El monasterio de Buenafuente de Sistal (Guadalajara). Aproximación al estudio de su iglesia", *Wad-al-Hayara,* 24 (1997), pp. 221-241.
[40] J. L. SAMPEDRO, *El río que nos lleva,* Madrid, 1996, p. 172.
[41] Sobre la fundación del convento, incorporación a la Orden de Calatrava y articulación del señorío, E. DAZA, "San Salvador de Pinilla durante el siglo XIII (1218-1300). Aportaciones para su estudio", *Wad-al-Hayara,* 29 (2002), pp. 41-45 y 49-51. También R. SÁNCHEZ, *Las monjas de la Orden Militar de Calatrava. Monasterio de San Felices (Burgos) y de la Concepción (Moralzarzal-Madrid),* Burgos, 1997, pp. 187-193.
[42] E. DAZA, "El monasterio de San Salvador de Pinilla. Un monasterio femenino de la Orden de Calatrava en el Valle del Henares", *Actas VII Encuentro Historiadores del Valle del Henares,* Guadalajara, 2001, p. 567.
[43] A. HERRERA, *Monasterios y Conventos de Castilla la Mancha,* Guadalajara, 2005, pp. 134-135. De manera general, J. TORIJA ALONSO, "El monasterio de Bonaval en la provincia de Guadalajara", *Archivo Español de Arte,* 82 (1948), pp. 100-112.
[44] A. Mª. ASENSIO, "Arquitectura románica en el partido judicial de Cogolludo", *Wad-al-Hayara,* 3 (1976), p. 54.
[45] T. NIETO, "Dos ejemplos de arquitectura románica en la Sierra de Guadalajara: Villacadima y el monasterio de Bonaval", *Wad-al-Hayara,* 17 (1990), p. 281.
[46] T. NIETO y E. ALEGRE, *Guía de la arquitectura negra de Guadalajara,* Guadalajara, 1998, pp. 83-84.
[47] I. RUIZ, I. FRONTÓN y F. J. PÉREZ, *op. cit.*, p. 34.
[48] Una descripción de sus elementos artísticos en A. PÉREZ ARRIBAS, *El monasterio de Monsalud de Córcoles,* Guadalajara, 1998, pp. 53-74 y pp. 97 y ss.
[49] P. M. IBÁÑEZ, *Por tierras de Cuenca,* León, 1997, pp. 46-47. Sobre la cercanía de estos monasterios a las vías fluviales, C. DE LA CASA, M. DOMENECH y J. MENCHÓN, "Los hijos del agua. Anotaciones sobre la hidraúlica cisterciense", *Monjes y monasterios. El Císter en el medievo de Castilla y León,* Valladolid, 1999, pp. 43-46.
[50] J. M. QUADRADO y V. DE LA FUENTE, *op. cit.*, p. 149.
[51] A. HERRERA, *Monasterios y conventos de Castilla-La Mancha,* Guadalajara, 2005, pp. 145-147.
[52] F. LAYNA, *El monasterio de Óvila,* Guadalajara, 1998 y J. M. MERINO DE CÁCERES, "Óvila: el desdichado final de un monasterio alcarreño", *Wad-al-Hayara,* 12 (1985), pp. 167-211.
[53] T. NIETO, E. ALEGRE y M. A. EMBID, *El románico en Guadalajara, op. cit.*, pp. 423-432 y A. HERRERA, *EL románico de Guadalajara, op. cit.*, pp. 154-156.
[54] F. FERNÁNDEZ IZQUIERDO, "Órdenes militares y régimen señorial: los dominios de Calatrava en tierras de la provincia de Guadalajara (siglos XI-XIV)", *Wad-al-Hayara*, 12 (1985), pp. 69-79.
[55] L. OLMO, "La iglesia del castillo de Zorita de los Canes (Guadalajara)", *Wad-al-Hayara,* 12 (1985), p. 100.
[56] F. LAYNA, *Castillos de Guadalajara, op. cit.*, pp. 366-370; M. CORTÉS ARRESE, *El espacio de la muerte y el arte de las Órdenes Militares,* Cuenca, 1999, pp. 157-158. La Orden de Calatrava tuvo ciertos derechos sobre el monasterio de Monsalud, desde 1174, y dos de sus maestres –Nuño Pérez de Quiñones y Sancho de Fontova– fueron enterrados en su claustro. A. HERRERA, *Monasterios y Conventos de Castilla La Mancha, op. cit.*, p. 139.

[57] L. TORRES BALBÁS, "La capilla del castillo de Brihuega", *Archivo Español de Arte,* 45 (1941), pp. 279-297 y A. Mª MORENO, "El protogótico en Brihuega", *Wad-al-Hayara,* 9 (1982), p. 222.

[58] J. M. DE AZCÁRATE, "Arte", *Castilla La Nueva. I,* Madrid, 1982, p. 139. El estudio del románico de esta zona ha de tener en cuenta también despoblados como los de La Golosa o Villaescusa de Palositos, *vid*. J. L. GARCÍA DE PAZ, *Patrimonio desaparecido de Guadalajara,* Guadalajara, 2003, pp. 105-106 y 143; A. HERRERA, *Crónica y guía de la provincia de Guadalajara,* Guadalajara, 1988, pp. 148 y 403 y A. Mª DÍAZ, M. GÓMEZ y M. I. MARTÍN, "El despoblado medieval de La Golosa (Berniches. Guadalajara)", *Wad-al-Hayara,* 20 (1993), pp. 45-64.

[59] B. PAVÓN MALDONADO, *Guadalajara medieval. Arte y arqueología árabe y mudéjar,* Madrid, 1984, pp. 35 y ss.

[60] Sobre su decoración, R. BALDOMINOS y M. ESTEBAN, "La iglesia del Aldeanueva de Guadalajara, un monumento de síntesis con pluralidad de funciones", *Wad-al-Hayara,* 12 (1985), pp. 139-140.

[61] A. Mª ASENSIO, "Arquitectura románica en el partido judicial de Cogolludo", *Wad-al-Hayara,* 3 (1976), pp. 57-58.

[62] F. LAYNA, *Castillos de Guadalajara, op. cit.*, pp. 247-260.

[63] B. PAVÓN, *Arte toledano: islámico y mudéjar,* Madrid, 1973, pp. 101 y ss.